

“caatl, que quiere decir *agua que se juntó con el cielo*, porque los antiguos habitantes de esta tierra pensaban que el cielo se juntaba con el agua en la mar, como si fuera una casa: que el agua son las paredes, y el cielo está sobre ellas, y por ese llaman á la mar el cielo (amictlan).” (1) Debe suponerse que la casa la creían redonda y techada en forma circular, por ser ésta la figura aparente determinada por la vista.

En cuanto al número de los cielos andan discordes. Trece cuenta la relación de Fr. Bernardino; doce son para Sahagun y Torquemada; once en otra noticia mexicana, y Muñoz Camargo, (2) con otros escritores, enumera nueve, nombrados “Chiconauh-nepanhuican, Ilhuicac, donde hay perpetua holganza.” Para ellos la tierra estaba fija; la luna y la esfera giraban al derredor de aquella.

Las estrellas, *citlalin*, (*citlallo*, *estrellado*), estaban pegadas en el cielo: tenían idea de las diversas magnitudes aparentes, supuesto que á las pequeñas nombraban *citlaltontli*. Los astrónomos mexicanos reconocían algunas constelaciones. Guiados por las indicaciones de Sahagun, hallamos que les llamaba la atención la estrella de primera magnitud Aldebaran y el grupo de las Hiadas, en el Toro. La culminación de las Pléyadas les servía en su ceremonia del fuego nuevo. Las tres estrellas del cinturón de Orion eran conocidas bajo la denominación de Yoaltecutli y Yacahuiztli, las tomaban por agujero, y les ofrecían incienso á la primera noche, á la hora de las tres y al alba: las distinguían por *mamalthuaztli*, nombre de los palos que servían para encender el fuego nuevo. A honra de estas estrellas se hacía una quemadura á los hombres en la muñeca, pues si morían sin la señal, en el infierno les barrenarían con un palo como acá en la tierra para sacar la lumbre. (3) *El mamalthuaztli* colocado en la esfera, diviniza el instrumento de la ceremonia cíclica. Las estrellas de la Bocina, es decir, la Osa menor, pintábalas como una S y les decían *citlaxumecuilli* “porque tienen semejanza con cierta especie de pan al cual llaman *xumecuilli*, el cual se comía en todas las casas un día al año, que llamaban *xuchilhuiti*. (4) La

(1) P. Sahagun, tom. III, pág. 309.

(2) Hist. de Tlaxcala, MS. 152.

(3) P. Sahagun, tom. II, pág. 260.

(4) Ibid. tom. II, pág. 252.

Osa mayor ó el Carro, hemos visto ántes ser el tigre Tezcatlipoca. Estas dos constelaciones no se ponen en el horizonte de México; por ello y por su figura debieron llamar la atención de los astrónomos, no siendo un supuesto muy aventurado el que hacían observaciones de la polar, supuesto que sabían trazar la línea meridiana. La constelación zodiacal del Escorpion era conocida por *Colotl*, alacran; es decir, el mismo nombre adoptado en la ciencia astronómica de los pueblos primitivos del mundo. Como dios, preside esta constelación en la décimo tercera trecena del Tonalamatl bajo el nombre de Teoiztactlachpanqui, compuesto de *teotl*, dios, *iztac*, blanco, y *tlachpanqui* el que barre algo: el dios blanco que barre.

Es sabido que las veinte divinidades que presidían á las treceenas del Tonalamatl, según Gama, tenían lugar preferente entre los planetas y signos celestes; con ellos se simbolizaban el sol, la luna, los planetas y algunas estrellas fijas. Citlalinicue ó Citlalcueye, enaguas de estrellas, en la décima sexta trecena, es la Via láctea; (1) en la pintura está representada por una corriente cual si fuera de agua, ocupando los tres lados principales del cuadrante.

Los cometas, y las estrellas errantes venían del quinto cielo. Los cometas, *citlalinpopoca*, estrella que humea, eran pronósticos de muertes de príncipe ó rey, guerra ó calamidad; el pueblo decía, “*esta es nuestra hambre*,” pensaban en la materia como en los pueblos de Europa hasta hace algunos años. Creían que si la luz del cometa hería alguna cosa viva, ahí se criaba un gusano, y el conejo ó la liebre se hacían malos para comer: las gentes se abrigan por la noche para no recibir daño. (2) Por esto llamaban á la cauda del cometa *citlalintlamina*, la estrella tira saeta; cuando aparecía crinito le decían *xihuitl*.

El planeta Venus tenía el nombre de Citlalatona, la estrella de claridad, (3) estrella resplandeciente. El intérprete del Códice Telleriano (4) le dice Cihuatlaltona, la primera claridad; formada antes que el sol, fué la primera luz que apareció en el mun-

(1) Gama, Descripción, pág. 100.

(2) P. Sahagun, tom. II, pág. 251.

(3) Del Planeta Venus. Copia de un Códice MS. en poder del Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, que contiene un ejemplar de la Hist. de los Indios de Fr. Toribio Motolinia, aún más completo que el publicado.

(4) Segunda parte, lám. XIV.

do. Quetzalcoatl al morir se transformó en esta estrella. En el referido Códice se le llama Tlahuizcalpantecutli, "quiere decir, señor de la mañana cuando amanece, y lo mismo es señor de aquella claridad cuando quiere anochece." Preside la décima cuarta trecena del Tonalamatl bajo el signo Nahuí Ollin ó más bien Nauhollin. En el templo mayor de México existía el teocalli Ilhuicatitlan, junto al cielo, destinado para los sacrificios cuando aparecía el planeta: é igualmente el Hueitzompantli. (1) En el Ilhuicatitlan había una columna alta y gruesa donde estaba pintada la estrella; remataba en un chapitel de paja, y ante ella tenían lugar los sacrificios. (2) Los antiguos le llamaban Lucifer por la mañana, y en la tarde Vesper ó Hesperus; nombres análogos le daban los mexicanos, pues *citlalpul* es la estrella de la mañana, y *Hueitlalin*, la de la tarde. (3)

Los astrónomos conocían bien sus movimientos, dándole en su aparición vespertina un período de 260 días; sabían el tiempo fijo de su vuelta oriental señalando otro período de 260 días, más una trecena, lo cual suma 273. (4) Á esta cuenta llamaban *Tonalpohualli*, y estaba destinada al cómputo del Tonalamatl, papel del sol, el cual se componía de períodos absolutos de 260 días: el mismo período, con ciertas correcciones se prolongaba por los años, las indicaciones, y los ciclos.

En la historia del sol hay mucho de confuso. Destruído cuatro veces, fué formado una quinta; bajo este aspecto es una criatura secundaria y sin poder, no es una divinidad. Luego aparece que los númenes tomaron su lugar por algun tiempo, recibiendo una especie de santificación. Le encontramos al fin elevado á la altura de los dioses, en una de las categorías más encumbradas. Todo indica una mezcla de ideas, de distintas épocas y de diversas procedencias, formando un cuerpo abigarrado: mitos cosmogónicos, rituales ó astronómicos.

En su última faz, el sol era tenido por creador de todas las cosas y causa de ellas, extendiéndose su culto por muy gran parte del nuevo continente. (5) Aunque tenía diversos nombres, por

(1) Torquemada, lib. VIII, cap. XIV.

(2) Sahagun, tom. I, pág. 205.

(3) P. Sahagun, tom. II, pág. 250.

(4) Del planeta Venus. MS.

(5) P. Durán, seg. parte, cap. X. MS.—Mendieta lib. II, cap. VIII.

excelencia se le llamaba Teotli; el apellido Tonatiuh, significando un accidente quiere decir, el que va resplandeciendo. (1) Cuando en Teotihuacan murieron los dioses, dejaron á sus devotos las mantas con que se cubrían; aquellos sectarios tomaron palos, les hicieron una muesca donde pusieron una piedra preciosa por corazon, y los envolvieron primero con pieles de culebra ó tigre y en seguida con las mantas: estos bultos se llamaron *tlaquimilloli*. (2) Tristes y apenados vagaban los devotos, hasta que uno de ellos llegó á la orilla del mar; tres veces se le apareció Tezcatlipoca, previniéndole al fin, fuese al sol y trajese cantores é instrumentos para hacerle fiesta. Las ballenas, las tortugas y las sirenas formaron un puente sobre la mar, y el devoto, cantando un canto hermoso, llegó al astro y le dió cuenta de su cometido. Previno el sol á los que con él estaban, que no respondiesen al cantar del mensajero, porque quienes tal hicieran aquel se los llevaría consigo: no obstante la prevencion, como el canto era tan melífluo, algunos respondieron, y él se vino con ellos á la tierra, trayendo el *huehuatl* y el *teponaztli*. Comenzaron de nuevo las fiestas, los bailes y los cantares á los muertos dioses. (3) En esta relacion continúa el mito de Teotihuacan; los sectarios de las divinidades derrocadas por el culto del sol, vagan mucho tiempo ocultando su rito proscrito, hasta que pueden de nuevo practicarle poniéndose en contacto con los prosélitos del astro.

Los totonacos adoraban *la gran diosa de los cielos*, esposa del sol. Su templo estaba en lo alto de una montaña, muy fresco y limpio á maravilla; repudiaba los sacrificios de hombres amando se le sacrificasen tórtolas, aves y conejos; sacerdotes buenos y arreglados cuidan de su culto, rogándole pidiera á su esposo el sol, los librara de la tiranía de los dioses que exigian sangre humana. (4)

Representaban los mexicanos el astro con varios círculos concéntricos, divididos en ocho partes con unas aspas triangulares, haciendo relacion á sus movimientos aparentes y á la division del tiempo. Á veces ofrece en el centro un rostro de frente con una gran lengua saliente de la boca, como en la piedra vulgar-

[1] Torquemada, lib. VI, cap. XXVII.

[2] Mendieta, lib. II, cap. II.

[3] Mendieta, lib. II, cap. III.

[4] Mendieta, lib. II, cap. IX.

mente llamada Calendario; otras el rostro está de perfil y sin lengua, como en el Tonalamatl; las más veces no aparece la cara, como en el Cuauhxicalli de Tizoc y en las pinturas de los Códices.

Estando fija la tierra, el sol giraba al derredor de ella. Los guerreros muertos sobre el campo de batalla iban á morar á la casa del sol, en el lugar de Oriente: por esto se llamaba ese punto cardinal *Tlalocan*, paraiso. Las mujeres muertas en el primer alumbramiento subían á la categoría de diosas bajo el nombre de *Macihuaqueque*, entrando en el número de las mujeres celestiales denominadas Cihuapipiltin, é iban á habitar también la casa del sol, aunque hácia el Occidente, punto que por esto era llamado *Cihuatlampa*. Al disponerse á salir por Oriente el Tonalatli en su curso diurno, los guerreros celestes aprestaban sus armas y corrían á su encuentro armando estruendo y dando voces; se le ponían delante, y con pelea de regocijo le llevaban hasta ponerle en la mitad más alta del cielo, el cual llamaban *Nepantlatonatiuh*. Recibíanlo en aquel punto las *Macihuaqueque*, armadas y con regocijos guerreros; entregábanle los hombres, y se esparcían en seguida por el cielo y sus jardines á chupar las flores hasta el siguiente día. Las diosas celestes ponían al Tonalatli en unas andas de plumas de *quetzalli*, llamadas *quetzalapanecahuill*, lo tomaban en hombros unas, precediendo las otras dando voces de alegría, y haciendo fiesta: así bajaban de lo alto hasta llegar al Cihuatlampa. Allí salían á encontrar al Tonalatli los del infierno; porque cuando en la tierra comienza la noche, en el infierno empieza el día: entonces los muertos despiertan, se levantan, corren al encuentro del astro, y lo conducen silenciosos hasta ponerlo en el Oriente. En tanto las *Macihuaqueque* bajan á la tierra, buscan los instrumentos para tejer y labrar, se aparecen á sus perdidos esposos y les regalan las obras de sus manos. (1)

El Tlalchitonatiuh, reunion del sol y la tierra, en el Códice Telleriano, (2) presenta á la tierra en figura humana, sin cabeza, con dos manos levantadas hácia arriba y dos hácia abajo, teniendo en la parte inferior el *miquiztli* para señalar la mansion

[1] P. Sahagun, tom. II, pág. 186 y sig.
[2]. Segunda parte, lám. XXV.

de los muertos. En dicha parte se descubre el luminar con los arreos de Tlaloc, dando á entender el conjunto el movimiento del astro. Segun el intérprete, "este es el escalamiento, ó calor que da el sol á la tierra, y así dicen que cuando el sol se pone que va á alumbrar á los muertos."

El sistema de rotacion y las creencias determinaron los nombres de los puntos cardinales. Hemos visto que el Oriente era *Tlalocan*, la mansion de los guerreros gloriosos; el Occidente se decía *Cihuatlampa*, habitacion de las diosas Cihuapipiltin, mujercitas. Nombrábase *Mictlampa*, infierno, al Norte, y *Huitatlampa*, lugar espinoso, el Sur, residencia de las diosas apellidadas *Huitzmaoa*.

El nombre *Nahui Olin*, cuatro movimientos del sol, se refiere al movimiento del astro entre los trópicos. Parece que desde muy antiguo concieron los astrónomos mexicanos los puntos solsticiales y equinocciales. Esta determinacion es de las más fáciles. Pronto debió ser observado que el luminar no tenía su orto y ocaso en los mismos puntos del horizonte, y por la desviacion al N. y al S. se pudo formar juicio de la amplitud de la faja recorrida, sirviendo para ello de comparacion los objetos físicos de la tierra colocados en el horizonte; tomada despues la mitad de la curva aparente, podía señalarse con exactitud los puntos equinocciales y ese movimiento de vaiven. Estas observaciones, acompañadas de las de sombra de los gnomones, pudieron conducir á la determinacion de la línea meridiana, y al conocimiento de los días en que el sol pasaba por el zenit de la ciudad.

Que los mexicanos conocían el verdadero valor del año trópico, es indudable; (1) el testimonio de Humboldt, y de otras personas, prueban que algunos edificios estaban perfectamente orientados; Gama (2) vió todavía, el año 1775, sobre una de las rocas del cerro de Chapultepec, las líneas que señalaban el meridiano y los puntos solsticiales. De aquí la division de las estaciones, y saber los pasos por el zenit.

En cuanto dios, el sol recibía adoraciones durante los días y las noches. Al amanecer lo recibían los sacerdotes del templo mayor con su estruendosa música de tambores, bocinas y cara-

(1) Vease adelante nuestro trabajo especial sobre el Calendario.
(2) Descrip. de las dos piedras, primera parte, § 76.

coles, sacrificándole codornices, arrancándoles la cabeza y ofreciéndole la sangre: (1) en el resto del día tenía consagradas preces é incienso. Su templo se llamaba Cuauhxiccalco, y el rey para asistir á las fiestas tenía el edificio particular dicho Hueycuauhxiccalco. (2) Existía una orden de caballeros que reconocía por patrono al astro; eran todos nobles, y si bien eran casados tenían morada particular en el templo mayor llamada *Cuacuauhtin inchan*, casa ó madriguera de las águilas. Ahí había una imágen del sol pintada sobre lienzo, que se mostraba al pueblo por los sacerdotes cuatro veces en el día y en la noche. Dos veces al año, cuando en el orden sucesivo de los días tocaba el signo *nahui ollin*, tenía lugar un sacrificio con muy particulares ceremonias, precedido de un muy riguroso ayuno, y en que sólo tomaban parte inmediata aquellos valerosos caballeros. (3) Fiestas solemnes se verificaban en el solsticio de invierno. (4) La que se hacía en el templo de Iztaccanteotl, dios de las mieses blancas, era precedida de un ayuno de cuarenta días, sacrificándose á los leprosos y contagiados. (5)

En el Tonalamatl (6) preside la décima primera trecena como planeta, Tonatiuh, acompañado de Tlatocaocelotl, la persona tigre, y de Tlatocaxolotl, la persona Xolotl, personificación aquél de los guerreros y éste de los sacerdotes. Castillo (7) le acompaña de Tepoztecatl, divinización del cobre, como metal usado en sus armas y utensilios. En la décima cuarta trecena aparece con Nahuí Ollin Tonatiuh, sol en sus cuatro movimientos, y le siguen Pileintecutli, el dios ó señor niño, y Quetzalcoatl. Finalmente, en la décima sexta trecena vuelve á aparecer Ollin Tonatiuh, movimiento del sol, con Tlalloc el dios de las aguas, y Citlalincue ó Citlalacueye, la Via láctea. En esta última forma se relacionan el sol y la Via láctea, cual si tuvieran idea de la inmensa nebulosa á que pertenece nuestro sistema planetario.

Los eclipses de sol constan en las pinturas jeroglíficas, representados por el signo ideográfico *teotl*, con una mancha re-

- (1) Torquemada, lib. IX, cap. XXXIV.
- (2) Torquemada, lib. VIII, cap. 12.
- (3) P. Duran, Segunda parte, cap. X. MS.
- (4) Torquemada, lib. VIII, cap. XIII.
- (5) Torquemada, lib. X, cap. XXVIII.
- (6) Me sirve un ejemplar de los litografiados en Paris, por Desportes.
- (7) Apud Gama, primera parte, § 63.

donda y negra, más ó menos amplia según la intensidad del fenómeno. Fiesta principal se hacía bajo la denominación de *Ne-tonatiuhcualo*, *el infeliz sol comido*, (1) y tenía lugar cada 200 ó 300 días. Durante los eclipses las mujeres lloraban á voces, los hombres gritaban tapándose y destapándose alternativamente la boca con las manos, alborotándose la gente con gran temor; punzábanse las orejas con puas de maguey y se pasaban mimbres por los agujeros; en los templos cantaban y tañían los instrumentos con gran ruido; se buscaban hombres de pelo y rostro blancos, llamados albinos, y los sacrificaban con algunos cautivos. Si el eclipse era total, exclamaban: "nunca más alumbrará, ponerse han perpetuas tinieblas, y descenderán los demonios y vendránnos á comer." (2) Muchas supersticiones había, semejantes ó iguales á las que vamos á enumerar.

Conocemos ya la historia de la luna una vez creada y hasta ahora nunca destruida; su papel en el orbe es respectivamente moderno. Los de Tlaxcala creían que era la esposa del sol, diciendo que ambos consortes cuando se retiraban del cielo descansaban de sus fatigas y dormían. (3) La luz del sol era propia, la de la luna se apagaba ó amortiguaba en parte según la progresión de sus fases: lleva en el rostro la señal del conejo con que los dioses la hicieron menos resplandeciente. Recibía adoración en el templo mayor de México en el teocalli Tecucizcalco, casa de caracoles, pues la luna, conforme á su origen, llamábase también Tecuciztecatl: le hacían sacrificios en diversos tiempos del año. (4) Los de Xaltocan la tenían por dios principal.

El eclipse de luna producía menor alboroto que el de sol. Las mujeres grávidas, para evitar el aborto ó defender que el niño saliera con los labios rotos, (*tencua*, lábio comido) boquituertos, sin narices ó bizcos, se ponían en la boca ó encima del vientre un pedazo de *itzlli*, obsidiana. (5) Todavía la gente vulgar de los campos acostumbra cubrir el vientre con una tela de color encarnado. La costumbre de los mexicanos se encuentra en pueblos de las costas del N. O. Las tribus de Sonora, en los eclipses del sol y

- (1) Gama, loco cit, par. 57
- (2) P. Sahagun, lib. VII, cap. I.
- (3) Muñoz Camargo. MS. 155.
- (4) Torquemada, lib. VIII, cap. XIII.
- (5) Sahagun, lib. VII, cap. II.

de la luna, salían de sus casas dando los más fuertes alaridos y haciendo cuanto mayor estruendo podían. (1) Los misioneros en Sinaloa, durante un eclipse de luna, vieron salir á los de un pueblo á la plaza armados con arcos, flechas y palos, voceando y golpeando fuertemente en las esteras: acudían en defensa del astro, amenazado por un genio que en el cielo reside y con el cual trae perpetua guerra. (2) La palabra *Metzli* significa igualmente luna y mes, dando á entender que en un tiempo el calendario fué lunar.

Al ver tan enmarañadas nociones astronómicas, trucas y fabulosas, dudan algunos que los mexicanos hayan podido llegar á las delicadas observaciones que los condujeron á la medida exacta del tiempo para la formación de su calendario, y todavía más, cuando su aritmética parece insuficiente y no constan cuáles nociones tuvieron en geometría. En México, á semejanza de lo acontecido en Egipto, en Grecia y en otras naciones, los sacerdotes monopolizaban las ciencias y la religion: de la astronomía v. g., el pueblo no era sabedor sino de las cosas vulgares; apartado de la iniciación sacerdotal, juzgaba por su ceguedad y admitía consejos absurdas. Durante la conquista perecieron los tlamacaz que defendiendo valerosamente sus teocalli; con ellos pereció la ciencia. Cuando los entendidos misioneros quisieron recoger las noticias de los pueblos conquistados, generalmente sólo pudieron consultar con los ignorantes. Si algun sacerdote escapó á la matanza, ocultaba pertinazmente la clase á que pertenecía, y si era descubierto y preguntado, debía tener empeño en no revelar los secretos, tratándose de conquistadores y de enemigos de los dioses. La verdadera ciencia azteca desapareció sin remedio.

(1) Alegre, Hist. de la Compañía de Jesus, tom. II, pág. 217.

(2) Rivas, lib. III, cap. XXV.

CAPÍTULO III.

Los cuatro elementos.—La tierra.—Chicomecoatl.—Centeotl.—Toci.—Temazcalteci.—Xochiquetzal.—Montañas.—Fiestas y divinidades.—Ritos funerales.—El infierno.—Mictlantecutli y los dioses infernales.—Lugares de descanso de las ánimas.—El agua.—Tlaloc.—Chalchihueh.—Huixtocihuatl.—La pintura del diluvio.—Pirámide de Cholollan.

Los mexicanos, ademas de los cuerpos celestes adoraban los cuatro elementos *tierra, agua, aire y fuego*. (1) Antiquísima es la doctrina de la composición de todos los cuerpos por la combinación de estos cuatro principios elementales, y gustó tanto á la humanidad, que no comenzó á abandonarla hasta mediados del pasado siglo. En el sistema de Pitágoras, aprendido tal vez de los sacerdotes de Baco, "el mundo sublunar era teatro de un "combate sin fin entre la vida y la muerte, presentando la perpetua alternativa de las generaciones y las destrucciones; era "la region de los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, los "cuales por sus uniones, divorcios y transformaciones incesantes, producían todos los fenómenos accidentales que aparecen "á nuestra vista." (2) Ideas análogas abundaban en los mexicanos.

Como diosa figuraban la tierra en una rana fiera, con bocas llenas de sangre en todos las coyunturas, diciendo que todo lo comía y tragaba. (3) Donde quiera que se muestran bajo algun aspecto las reproducciones, la razon incipiente las asemeja á las generaciones de los seres, formando dualidades de hombre y de mujer. Tlaltecutli, de *tlalli*, tierra, y *tecutli*, señor, era el dios varon de este elemento: á este señor tierra reverenciaban con grandes sacrificios y ofrendas. La principal reverencia que en

(1) P. Mendieta, lib. II, cap. VII.

(2) Figuiet, Savants de l'antiquité, pág. 81.

(3) Mendieta, lib. II, cap. IV: le copia Torquemada, lib. VI, cap. XLIV.